CINECLUB NUCLEO

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundado por Salvador Sammaritano
- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

Temporada Nº **61**
Exhibición Nº
7830

ESPACIO INCAA KM 0 – CINE GAUMONT

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102 o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**

Buenos Aires, Domingo 27 de abril de 2014

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

HANNA ARENDT Y LA BANALIDAD DEL MAL

Hannah arendt - Alemania / Francia / Israel / Luxemburgo - 2013

Dirección: Margarethe Von Trotta / Guión: Pam Katz y Margharette Von Trotta / Fotografía: Caroline Champetier / Edición: Bettina Böhler / Música: André Mergenthaler / Producción: Bettina Brokemper,
Johannes Rexin - Diseño de producción: Volker Schafer - Compañías productoras: MACT Productions, Minotaurus Film, Heimatfilm GbR, Metro Communications/ Intérpretes: Barbara Sukowa, Janet McTeer, Axel Milberg, Julia Jentsch, Ulrich Noethen, Michael Degenl, Klaus Pohl. Duración: 113’

Este film se exhibe por gentileza de Alfa Films.

El Film

Von Trotta parece haber comprendido a la perfección que cualquier acercamiento riguroso a Arendt se impone desde el pensamiento, y por eso se esforzó (con la invalorable ayuda de su intérprete en la pantalla, Barbara Sukowa) por encontrar la forma cinematográfica más adecuada de auscultar lo que pasa por la cabeza de una intelectual siempre dispuesta a correr riesgos por su renuencia (y renuncia) permanente al pensamiento rígido, inmóvil, inflexible.

Esa voluntad aparece en los dos episodios elegidos por Von Trotta para marcar a fuego este atípico retrato fílmico. El primero es el juicio a Adolf Eichmann en Jerusalén, que Arendt siguió para la revista The New Yorker, del cual surgió tal vez su definición más famosa y controvertida ("La banalidad del mal", conocida en 1963).

El resonante episodio (recreado aquí con un admirable juego escénico entre el escenario ficticio de la trastienda y el auténtico testimonio de Eichmann mediante imágenes de archivo) rompió para siempre el fecundo vínculo que Arendt mantenía con gran parte de la comunidad intelectual judía de su tiempo, que jamás perdonó lo que entendió como una virtual exculpación de las responsabilidades de Eichmann en los espantosos crímenes del régimen nazi.

El segundo, presentado mediante sucesivos flashbacks, resulta otra fuente de tensión muy bien aprovechada en el relato: el romance clandestino que Arendt mantuvo a partir de 1924 con Martin Heidegger (Klaus Pohl), marcado por diferencias casi irreconciliables desde el momento en que ella era judía y él, un extraordinario filósofo que miró con simpatía al nazismo en los albores de ese movimiento. Todo ese complejo entramado de interrogantes existenciales recorre la figura de Arendt, pero desde allí (y aquí radica el gran logro de Von Trotta) se contagia al espectador, que acompaña y sobre todo comprende a la protagonista cuando aparece sumida en largas cavilaciones y en los momentos en que resuelve pasar a la acción, encontrando a cada paso rechazos e

incomprensiones, con la honrosa excepción de la incansable Mary McCarthy (Janet McTeer, notable), su mano derecha durante los años que pasó en los Estados Unidos.

Esta etapa norteamericana, precisamente, es la que Von Trotta elige para exhibir la rica vida intelectual y personal de Arendt. En ese mundo de aulas, campus, libros, debates y clases magistrales magníficamente recreado en todos sus detalles desde la dirección artística de Volker Schäfer, la intelectual alemana desarrolla algunas de sus grandes ideas y las defiende ante sus detractores de un modo que no deja indiferentes a los interlocutores de su tiempo y a la vez interpela con fuerza al espectador de hoy. Nada de lo que se ve en Hannah Arendt nos resulta ajeno o superado por el tiempo, con una sola excepción: todo, absolutamente todo, se piensa y se dice con el infaltable acompañamiento de un cigarrillo.

(Marcelo Stiletano - Diario La nación)

En Hannah Arendt (...) von Trotta elige narrar el proceso del criminal nazi en Israel, que la pensadora cubrió para la revista *The New Yorker*; y se detiene en la controversia que despertó el concepto “la banalidad del mal”. La directora cuenta que este filme cierra la trilogía sobre pensadoras alemanas que había comenzado con Rosa Luxemburgo (1986), y continuó con Rosenstrasse (La calle de las Rosas) en 2003.

"En 1983, quería hacer una película sobre Rosa Luxemburgo porque estaba convencida de que fue la pensadora más importante del siglo pasado y me interesaba descubrir a la mujer detrás de la luchadora revolucionaria. Pero ahora, al comenzar el siglo XXI, Arendt se presenta como una figura aún más fuerte: su concepto "la banalidad del mal", entonces duramente criticado, hoy es fundamental a la hora de discutir y pensar los crímenes cometidos durante el nazismo", asegura von Trotta.

Integrante del Nuevo Cine Alemán de los 70, von Trotta trabajó primero como actriz en las películas de Rainer Werner Fassbinder y luego como guionista en varias películas de quien fuera su marido, el director alemán Volker Schlondorff. Junto a él, debutó en 1975 en la co-dirección de El honor perdido de Katharina Blum **(**Die verlorene Ehre der Katharina Blum). Dirigió en solitario, en 1978, El segundo despertar de Christa Klages **(**Das zweite Erwachen der Christa Klages). Y recibió el León de Oro en el Festival de Venecia 1982 por Marianne & Juliane (Die bleierne Zeit), estrenada en Argentina como Las hermanas alemanas. Además obtuvo numerosos galardones por Rosa Luxemburg en 1986 y Rosenstrasse (La calle de las Rosas) en 2003.

A lo largo de toda su obra, von Trotta demostró siempre su preferencia por el cine político y reivindicativo, y por abordar problemáticas que atraviesan a la sociedad alemana. En su último filme, vuelve a trabajar junto a Barbara Sukowa, actriz que protagonizó cuatro de sus películas, y que construye a una vibrante Hannah Arendt que debe mantenerse firme en sus ideas, ante los ataques tanto de sus amigos como de desconocidos enojados por sus publicaciones en *The New Yorker*.

La película muestra cómo en 1961 Arendt llega entusiasmada a Jerusalén para seguir el proceso contra Adolf Eichmann, jerarca de las SS que llevó adelante la logística de "La solución final", y exterminó a seis millones de personas en los campos de concentración nazis en toda Europa. Desde las primeras declaraciones que realiza Eichmann en el juicio –dentro de una cabina de vidrio– la pensadora se da cuenta de que en vez de estar frente a un ideólogo del nazismo, se encuentra con un mediocre burócrata, orgulloso de haber cumplido su tarea con eficiencia. Es un acierto que von Trotta haya elegido utilizar el registro documental que se realizó del juicio, y se pueda ver y escuchar al verdadero Eichmann contestando las preguntas de jueces y fiscales. Es en estas filmaciones que irrumpe lo real, y se puede observar “la lógica siniestra de la obediencia debida” con la que se excusa Eichmann de sus crímenes. La teórico política alemana regresa a los Estados Unidos, donde estaba radicada, luego de haber presenciado buena parte del juicio y relee todas las declaraciones, mientras espera el veredicto que sentenció a Eichmann a la horca, en mayo de 1962. Recién en febrero de 1963, Hannah Arendt comienza a publicar su reporte del proceso, en una serie de artículos en la revista neoyorquina, y a partir de la primera entrega debe afrontar todo tipo de críticas e incluso amenazas para que cambie sus ideas.

La película profundiza en esa gran controversia que despiertan los escritos de Arendt, sobre todo en la comunidad judía, que la acusa de justificar al criminal nazi con su concepto sobre “la banalidad del mal”; que no entiende por qué incluye en su informe el accionar de los líderes de los Consejos Judíos, que le entregaron a Eichmann las listas de deportación de las personas encerradas en los guetos hacia los campos de concentración. Sobre el final del filme, Arendt regresa a la universidad en que enseñaba en la piel de Barbara Sukowa, para dar un brillante discurso en que se defiende de las acusaciones. Allí explica que durante el juicio, Eichmann repetía una y otra vez que él no había hecho nada que hubiera sido su iniciativa. “El no tuvo intenciones, cualquiera

fueran, buenas o malas, él únicamente había obedecido órdenes. Esta es una típica defensa que usaron los nazis. Dejar claro que la peor maldad que se cometió en el mundo, fue una maldad de la que nadie es responsable", asegura de forma enérgica Arendt. Y continúa: "Estos crímenes fueron cometidos por hombres, no por monstruos. Por seres humanos que se negaron a ser personas. Y es éste el fenómeno al que he llamado la banalidad del mal".

(Victoria Reale - Revista Ñ)

Rogamos apagar los celulares
No se pueden reservar butacas